

Linda MANZANILLA Y Leonardo LÓPEZ L. (COORDS.), *Historia antigua de México*. 4 vols., Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Instituto de Antropología e Historia, Coordinación de Humanidades, Porrúa, México, 2000-2001.

Entre julio de 2000 y noviembre de 2001 se publicaron cuatro libros que reúnen un amplio panorama actualizado de la historia antigua de México. En esta magna tarea participaron 50 investigadores de diversas disciplinas abocadas al estudio de las sociedades pretéritas del territorio nacional. A lo largo de 43 capítulos, antropólogos físicos y sociales, arqueólogos, biólogos, etnólogos, lingüistas e historiadores, entre otros especialistas, conjuntaron esfuerzos e ideas para reunir, en poco más de 1700 páginas, una obra obligada de consulta para investigadores, profesores, estudiantes y todo aquel interesado en saber más de nuestra rica herencia cultural.

El primer volumen se titula *El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*. En sus páginas recorreremos los muy variados espacios físicos del territorio nacional donde florecieron varias civilizaciones (Mesoamérica), pero también aquellos del norte de México (Aridamérica) y del sureste de Estados Unidos (Oasisamérica) que fueron transformándose desde pequeños grupos nómadas hasta sociedades más complejas que contaron con asentamientos permanentes, practicaron la agricultura y desarrollaron interesantes técnicas de alfarería.

La antropología biológica inicia esta obra, sentando las bases del tipo físico promedio que llegó al continente americano, procedente de Asia, y que desde tiempos ancestrales modificó su cuerpo mediante la deformación intencional del cráneo, los tatuajes, la pintura corporal y la modificación de las piezas dentales. Otro capítulo aborda el tema de los objetos prehispánicos y nos informa del poblamiento inicial de América hace unos 70000 años. En interesante análisis, otra contribución nos demuestra que la prehistoria continental se remonta, con fechas bien confirmadas en Brasil, hacia 45000 años antes del presente. Por lo que toca a México, los vestigios prehistóricos más lejanos en el tiempo han sido hallados en el sitio llamado Cedral (San Luis Potosí) y tienen unos 30000 años de antigüedad.

La transmisión del conocimiento de generación en generación contó también con un elemento que, quizá por obvio podría pasar inadvertido: la lengua. Antes de que existieran sistemas de escritura o de notación, los seres humanos tuvieron que expresarse mediante sonidos que tenían significados específicos y esas formas distintas de expresión conformaron idiomas o lenguajes bien definidos que también han sido estudiados. El paso del tiempo y la actividad del hombre han modificado esos idiomas, pero la investigación ha dejado en claro la existencia de varias familias lingüísticas como la oaxaqueña (que comprende idiomas como el zapoteco, el cuicateco y el popoloca), la otopame (que incluye el pame, el otomí y el mazahua), la maya (con lenguas como el maya yucateco, el chol, el quiché, el tzoltzil, el lacandón y el huasteco), la tarasca y la yutoazteca (en la que se cuentan el náhuatl o mexicano, el cora, el huichol, el tarahumara y el yaqui, entre muchas otras).

La segunda parte de este primer volumen de la *Historia antigua de México* documenta el desarrollo paulatino de las primeras sociedades en el territorio nacional. Sabemos así del origen de las comunidades sedentarias, de las primeras plantas (maíz, frijol, calabaza, chile) y animales domesticados (guajolotes, perros, abejas, aves canoras, guacamayas) y de su creciente importancia simbólica y económica a través del tiempo. Vendría después el surgimiento de los primeros centros de poder, la formación y expansión de la cultura olmeca y los siglos iniciales de evolución cultural en la Costa del Golfo, en el altiplano central y en las zonas oaxaqueña y maya a partir del segundo milenio antes de Cristo hasta el primero o segundo siglos de nuestra era. Ese gran periodo de tiempo ha sido llamado el Preclásico, con divisiones que facilitan su estudio y permiten entender la secuencia de avances culturales logrados por las sociedades de ayer.

El volumen 2 de esta relevante obra antropológica se titula *El horizonte Clásico* y se refiere a los tiempos de esplendor en las culturas mesoamericanas. Dando continuidad al tomo previo, este libro principia con una síntesis de los trabajos arqueológicos hasta ahora efectuados en las regiones central y norteña de Veracruz, así como con el panorama cultural correspondiente. Sobresalen en la zona elementos de profundo contenido religioso y elevado valor estético elaborados en arcilla cocida como las caritas sonrientes de la Mixtequilla (Nopiloa, Los Changos, Dicha Tuerta), las cihuateteo o mujeres muertas y deificadas, así como el Señor de la Muerte (Mictlantecuhtli) hallado en el sitio de El Zapotal. Por lo que toca al sur de la entidad, otra tradición artística está bien representada con las “figurillas retrato” (con escenas de la vida cotidiana) y las imágenes del Dios Viejo del Fuego (Huehuetéotl). Los escultores del Clásico veracruzano manufacturaron también piezas características: yugos,

hachas y palmas en basalto, andesita, serpentina y otras piedras de gran dureza. En cuanto a la arquitectura monumental, el sitio mejor explorado es Tajín, del cual se exponen sus elementos fundamentales.

Se presenta después el estudio de la Oaxaca precolombina, dividiendo el territorio en cuatro regiones: los valles centrales de Oaxaca, la Mixteca Alta, la Mixteca Baja y la Costa/Cuenca inferior del Río Verde. Ejutla, Guijazo, Mitla y Monte Albán dominaron los valles centrales; Huamelulpan, Yacuita y Yucuñudahui representan a la Mixteca Alta; Cerro de la Minas y Tequixtepec hablan de la cultura ñuiñe en la Mixteca Baja; mientras que Nopala, Río Grande y Tututepec dan cuenta del desarrollo cultural de la Costa. Buena parte de Oaxaca es aún poco conocida en términos arqueológicos, pero sí sabemos de contactos entre Teotihuacan y Monte Albán, así como de la importancia y difusión de elementos culturales a sus regiones aledañas. También ha habido investigaciones en otras regiones como el Istmo y la Cañada, pero la información asequible es escasa y aún no se han definido con claridad patrones culturales prehispánicos.

Existe también un apretado resumen del avance de conocimientos relacionados con el universo maya de la época Clásica. Se parte de las particularidades geográficas y ambientales que delinean cinco subregiones: la península yucateca, el Petén o zona central, la cuenca del Usumacinta, la cuenca del Motagua y el altiplano meridional (compartido por Chiapas, Guatemala y El Salvador). Otro apartado se refiere a la tecnología agrícola y se incluyen cuadros de los principales cultivos y especies animales consumidos por los mayas de ayer. La organización sociopolítica y la estrecha relación entre lazos de parentesco, gobierno, control religioso y militar son también presentados con apoyo del desciframiento hasta ahora logrado de buen número de inscripciones jeroglíficas. Ello también ha facilitado el entendimiento de las relaciones —matrimonios, intercambio, guerras, etcétera— entre asentamientos de una misma comarca o regiones distantes. De manera similar, conforme avanzan las excavaciones se definen mejor labores especializadas como la astronomía y el calendario, la arquitectura y el estuco modelado, la alfarería fina, la escultura monumental, la joyería para las élites, la pintura mural y la labor de los escribas. Otros apartados referentes a los mayas precolombinos nos hablan de las viejas y nuevas perspectivas relacionadas con el llamado “colapso” de la civilización. También se aborda el tema de las varias entidades políticas o estados a través del tiempo y de las capitales políticas.

El occidente de México y sus procesos sociales prehispánicos también forman parte de Mesoamérica, si bien la complejidad social y política parece

haber tenido un ritmo distinto, menor, con respecto a regiones vecinas como el altiplano o las tierras de Guerrero y de Oaxaca. La cercanía de la frontera septentrional de Mesoamérica y los vínculos costeros hacia el sur del continente americano (en especial la costa andina) seguramente también desempeñaron un papel importante en el desarrollo político y económico del occidente de México, aspectos que ayudaban a entender elementos como patrones concéntricos de asentamiento, denominados guachimontones, o bien las tumbas de tiro, de las cuales desafortunadamente existen pocos ejemplos bien excavados y documentados.

Por otra parte, en el periodo Clásico temprano el altiplano central logró una amplia integración cultural mediante un poderoso y bien organizado sistema gubernamental con sede en Teotihuacan. Entre sus características más evidentes se cuentan la traza urbana reticular con módulos de dimensiones específicas; la arquitectura monumental remarcada en sus cuerpos mediante taludes que soportan tableros; el establecimiento de vastas redes de intercambio a larga distancia que incluyeron vías terrestres, fluviales y costeras; un sistema de gobierno teocrático con un poderoso control económico y político; un panteón dominado por la deidad de la lluvia, el rayo y el trueno; vajillas y figurillas en cerámica específicas que hoy fungen como elementos diagnósticos de contacto teotihuacano. Las evidencias arqueológicas de esa metrópoli han sido bien documentadas en diversos lugares de Morelos, en la zona poblano-tlaxcalteca, en los valles centrales de Oaxaca, en el Valle de Tula, Hidalgo; en varias zonas de Veracruz y en distintas localidades del mundo maya. Tras el esplendor teotihuacano se conformaron nuevas unidades geopolíticas en el altiplano central y el arribo de nuevos actores al centro de México generó una nueva dinámica ahora mejor entendida. El estudio y distribución de materiales cerámicos denominados Complejo Coyotlatelco (Rojo sobre bayo) y de artefactos de obsidiana de Zinapécuaro, Michoacán, explica los procesos de cambio ocurridos en la Cuenca de México, en los valles poblano-tlaxcaltecas y en los de Tula, Toluca y Morelos, así como las implicaciones ocurridas en sitios como Xochicalco, Cholula, Teotenango, Xochitécatl y Cacaxtla, entre otros.

El noreste de México también participó de interesantes desarrollos culturales en tiempos antiguos. Entre las zonas mejor estudiadas tenemos a las sierras de Tamaulipas y de Guadalcázar, Tunal Grande (S.L.P.), el altiplano de Río Verde, la zona de Alaquines, el valle del río Jalapan y la Sierra Gorda queretana. En Tamaulipas es importante mencionar sitios como Balcón de Montezuma, San Antonio Nogalar y Vista Hermosa; entre las localidades potosinas resaltan El Peñasco, Villa de Reyes y San Rafael; El Cópore y

Carabino representan ese tiempo en Guanajuato, mientras que Ranas, Toluquilla y El Cerrito hacen lo propio en Querétaro.

Del otro lado, en el noroeste de México, Durango, Sinaloa y Zacatecas también aportan conocimientos vinculados con la historia del hombre prehispánico, en especial las llamadas cultura Chalchihuites y cultura costeña, esta última asociada a los ríos Petatlán (o Sinaloa) y Fuerte. Entre los asentamientos humanos más representativos de la cultura Chalchihuites debemos mencionar La Quemada, Huejoquillo y La Ferrería.

El tercer volumen de la *Historia antigua de México* se titula *El horizonte Posclásico*. El primer documento de este libro nos habla de esa época en la zona del Golfo, donde se desarrollaron sociedades huastecas, totonacas, tepehuas, nahuas y otomés. Algunos de los asentamientos mejor conocidos del Totonacapan son Tajín, Zempoala, Tuzapan, Castillo de Teayo, Oceloapan, Cerro Montoso, Quiahuiztlan, Isla de Sacrificios, Cuajilote y Manantiales. Por otra parte, la cultura huasteca ha sido investigada con ayuda de materiales procedentes de Cacahuatengo, Cerro Cebadilla, Huehue-Tepetzintla, Las Flores, Metlatoyuca, Órganos, Tabuco, Tamazunchale, Tamtoc, Tamuín, Tancanhuitz y Tanhuijo. Diversas fuentes históricas (por ejemplo Díaz del Castillo, López de Gómara, Sahagún y Torquemada) y la información aportada por las exploraciones arqueológicas han ido conformando un panorama más completo de los asentamientos caracterizados por calles empedradas, drenajes, pozos, temazcales (baños de vapor) y arquitectura monumental.

El periodo Posclásico es luego analizado desde la perspectiva oaxaqueña, especialmente en el sector occidental de la entidad y en algunas partes de Puebla y Guerrero, donde se localiza la región mixteca. Los asentamientos mixtecas más importantes (unas veces llamados reinos; otras señoríos) fueron Coixtlahuaca, Tilantongo, Tlaxiaco y Tututepec. Chalcatongo, Cuilapan, Huitzo y Zaachila. Aparentemente, a partir del siglo XII los valles centrales de Oaxaca fueron invadidos por los mixtecas como parte de un proceso de expansión y conquista. En consecuencia, las etnias mixteca y zapoteca entretejieron más sus relaciones, si bien aún carecemos de estudios de antropología física (ADN) que brinden mayor claridad con respecto a los materiales óseos y ello podría indicarnos si tales nexos en realidad son más tempranos de lo que suponemos.

Otras contribuciones presentan la vida en el mundo maya en el Posclásico. Para ello debemos ubicarnos imaginariamente en la cercana república de Guatemala. En las tierras altas el estado quiché dominó el escenario desde sus tres sedes de poder político: Jakawitz, Ismachí y Kumarcaaj (Utatlán). Establecieron una alianza con cakchiqueles (cuya capital fue Paroxoné) y rabinales

(establecidos en Tzameneb o Joyabaj) a la que se unieron los tzutujiles de Chuitinamit, asentamiento fundado en las márgenes del Lago Atitlán. Los poblados tuvieron un marcado carácter defensivo: fueron construidos en las cimas de colinas y montañas, en sectores provistos de muros con una sola entrada y rodeados de barrancos. El predominio quiché y la expansión propia de cada grupo desintegraron la confederación. Otros actores importantes de las tierras altas fueron los kekchíes, los pokomchíes, los mames y los pipiles.

Por lo que toca a las tierras bajas mayas, muchas de las ciudades hegemónicas perdieron fuerza política y económica, disminuyó su demografía, decreció la construcción monumental y cesaron los registros calendáricos en cuenta larga, así como la mayoría de sus inscripciones glíficas. Algunos lugares se convirtieron en santuarios o en lugares de peregrinación periódica. También surgieron nuevos asentamientos como Chichén Itzá, Mayapán y Tulum, por citar los más estudiados. La cerámica, la pintura mural, la escultura y los cánones artísticos en general se modificaron, si bien no perdieron la impronta maya.

Luego toca el turno al occidente de México, en donde ahora se conocen mejor regiones como las de Culiacán y Chametla, en Sinaloa; la de Amapa en Nayarit; las de Etzatlán, Tuxcacuesco Autlán y Tamazula-Tuxpan-Zapotlán en Jalisco; el valle del río Armería (eje norte-sur de la entidad) en Colima; y las zonas de Zacapu, Tzintzuntzan, Apatzingán, Huandacareo y Acámbaro en Michoacán. Continúa el debate referente al “complejo” o “tradición” Aztatlán, presente de manera parcial en muchos sitios, pero diferentemente datado y entendido, asunto que deberá definirse para hablar de un desarrollo propio o bien de la mesoamericanización de esas regiones. Los artefactos de metal, por su parte, son más abundantes en el occidente de México que en otras regiones del país. La metalurgia es relativamente pobre en plata y oro, con una fuerte tendencia al cobre y aleaciones asociadas. Esta actividad se inició alrededor del 800 de nuestra era mediante contactos con América del Sur, en especial con las costas de Ecuador y Perú. Los tarascos capitalizarían después, a partir de 1300, el bagaje cultural del occidente conformando una entidad política rival de aquella que desde el centro de México conquistó vastas regiones.

Oasisamérica en el Posclásico, en especial la zona de Chihuahua es otra de las contribuciones de este volumen. La cultura Mogollón, contemporánea de los desarrollos Anasazi y Hohokam, en el suroeste norteamericano (Utah, Colorado, Arizona y Nuevo Mexico), estuvo íntimamente vinculada con el sitio de Paquimé. Este último llegó a ser un centro rector con jefaturas menores controladas de pequeñas aldeas. Otros asentamientos importantes de esa

época son las cuevas de la Ventana, de la Olla, de las Monas y de los Luises, así como el sitio de Trincheras (Sonora). Con adobe colado se edificaron inmuebles de varios niveles, escalonados, a la manera de modernos multifamiliares. Fue común el uso de puertas pequeñas en forma de letra T y la agricultura hizo un relevante papel en la economía de mediados del siglo XIV, tiempo en que disminuyó considerablemente.

La etapa denominada tolteca, en el altiplano central, también es objeto de análisis en esta obra. Arqueología y fuentes históricas han llevado a sugerir varios escenarios del origen y disolución de la sociedad tolteca. Las investigaciones realizadas en Tula-Xicocotitlan (Hidalgo) indican su fundación alrededor del 900 dC y su ocaso entre los años 1200 y 1250. Los tiempos de apogeo de Tula, seguramente facilitados por la pérdida de fuerza de sitios como Monte Albán, Xochicalco, Tajín y Cholula, quizá estuvieron vinculados con el control de las rutas comerciales hacia el norte de México y de la Costa del Golfo. Continúa el estudio para determinar el origen de los tipos cerámicos Coyotlateco y Mazapa; pero también cobran interés los patrones de distribución de vajillas foráneas como la Plumbate (o plomiza) del Soconusco y la anaranjada delgada del sur de Veracruz y poniente de Tabasco. Sigue viva la polémica acerca de las relaciones entre Tula y Chichén Itzá, así como el sentido de las mismas y la participación de varios grupos étnicos, en especial aquellos de las regiones “puente”, es decir los habitantes de lo que hoy es Tabasco y el suroeste campechano.

Los pueblos chichimecas, los límites septentrionales de Mesoamérica y sus principales características son también tema de estudio abordado mediante conocimientos arqueológicos, y el estudio de códices y fuentes históricas. Tradicionalmente el término chichimeca se ha usado para hablar de nómadas cazadores y recolectores procedentes de Aridamérica, si bien debe comentarse que también existieron grupos chichimecas poseedores de un desarrollo cultural mayor que les permitió conquistar varias regiones, practicar la agricultura e integrar prósperos asentamientos. La región denominada “sur del Bajío” (fundamentalmente Guanajuato, Querétaro, oriente de Jalisco, sur de San Luis Potosí y noreste de Hidalgo) ha mostrado el desarrollo propio de sus asentamientos, con un fuerte descenso de actividades y abandono de comunidades entre los siglos X y XII, situación que se revertiría con nuevos pobladores a partir de 1350. En muchos sentidos, los grupos chichimecas participaban con los grupos francamente mesoamericanos y los que estaban más al norte debieron tener una organización social distinta, pero no por ello “bárbara o salvaje”, términos peyorativos impuestos por la visión etnocentrista

derivada de los escritos virreinales. Finalmente, un grupo del norte llegó a los valles centrales de México y fue capaz de conformar una de las entidades políticas más poderosas del Posclásico: la sociedad azteca.

La etapa de la Triple Alianza es quizá la más ampliamente estudiada del México antiguo, pero sus dimensiones y complejidad aún requieren profundizar diversos aspectos. Varias páginas resumen la migración mexicana, la situación política de la Cuenca de México en el siglo XIV, los primeros años de México-Tenochtitlan (para unos fundada en 1325, para otros en 1345), la liberación del estado tepaneca de Azcapotzalco en 1428 y la estructuración del estado mexicano. La formación de la Triple Alianza incluyó así a México-Tenochtitlan, con el señorío de Culhuacan; Texcoco con Coatlinchan; y Tlacopan (sucesor de Azcapotzalco), si bien el primero dominó a los segundos al organizar la guerra y la expansión. Texcoco sobresalió en la legislación y en las obras de ingeniería, mientras que Tlacopan enfatizó la producción agrícola. Tras controlar la cuenca lacustre vino la conquista del Valle de Morelos, el sometimiento de Chalco (1453) y luego la expansión imperial hacia diversas regiones de Hidalgo, Tlaxcala, Guerrero, Oaxaca y Veracruz. En 1478 los aztecas tropezaron, siendo derrotados por el imperio tarasco, pero pocos años después el dominio llegó a Tehuantepec (Oaxaca), a Xicalango (Campeche) y a la costa sureste de Chiapas. Los últimos años del imperio se dedicaron a consolidar lo ganado, si bien hubo sociedades no sometidas y en conflicto constante como los señoríos de Tlaxcala y Huexotzingo.

Vendría después la conquista europea y la imposición del régimen colonial. En varios momentos las sociedades del territorio que hoy constituye el país fueron incorporando y adaptando nuevos patrones de organización urbana, política, económica y religiosa: el ámbito mexicano y el de los señoríos asociados entre 1519 y 1524; el imperio tarasco de 1524 a 1530; los dominios quichés y cakchiqueles entre 1524 y 1630; las sociedades mayas peninsulares de 1527 a 1543; la región de Tayasal (Guatemala) entre 1524 y 1697; y la porción norte de México a lo largo de los siglos XVI al XVIII. La geografía política estrenó nombres como Nueva España, Nueva Galicia, Nueva Vizcaya; muchas viejas ciudades fueron rebautizadas otras fueron fundadas, pero gran parte de las estructuras de control político, económico y religioso emularon las instituciones indígenas y facilitaron el expolio y la evangelización. Esta situación agilizó el proceso de colonización, pero no el de mestizaje, fenómeno que cobró fuerza a partir del siglo XIX.

El volumen 4 de la *Historia antigua de México* contiene una especie de recapitulación de los grandes valores alcanzados por las muy diversas socieda-

des de tiempos prehispánicos y se ha llamado *Aspectos fundamentales de la tradición cultural mesoamericana*. Como base de la economía se aborda primero el tema de la tecnología agrícola, su desarrollo y la capacidad de producir excedentes, asunto que facilitó el desarrollo de otras actividades útiles para el hombre. Se pasa revista así a la variedad de obras hidráulicas, las terrazas agrícolas, las chinampas, los campos drenados, los suelos acamellonados y otras maneras de obtener grandes volúmenes productivos como la horticultura y la rotación de cultivos; su antigüedad e importancia en la creciente complejidad social.

En otro apartado leemos que la circulación de bienes enfocada por varios modelos teóricos también ha sido estudiada por un buen número de investigadores. Reciprocidad, redistribución e intercambio de mercado constituyen tres sistemas que permiten teorizar acerca de los excedentes de producción y de la especialización del trabajo. No obstante, los indicadores arqueológicos de cada uno de tales sistemas continúan siendo problemáticos, tanto por los contextos de producción, distribución, uso y consumo, como porque cada sociedad tiene su propio esquema económico y político. Las rutas de intercambio a gran distancia, los tipos de taller y de mercado, el monopolio de bienes suntuarios, los mercaderes y el tributo son también hilos del complejo tejido económico de las sociedades precolombinas que no siempre ha sido sencillo entender y explicar.

Complemento de la contribución anterior son las páginas referentes a El Intercambio. El desarrollo de la civilización mesoamericana se benefició del comercio y del intercambio económico, pero ¿en qué medida? El intercambio permite la subsistencia de las sociedades, pero también la acumulación de riqueza y la regulación de las relaciones externas. En otras palabras, la producción de bienes genera excedentes cuyo uso conlleva la complejidad social. Se ha planteado, en consecuencia, varios modelos arqueológicos de intercambio económico, si bien los investigadores han elaborado explicaciones que integran de manera coherente la información obtenida en campo y gabinete. De esta manera se ha señalado que: 1) el intercambio es importante para el abastecimiento de bienes de subsistencia; 2) el intercambio económico proporciona una red para la dispersión de las ideas; 3) el intercambio económico proporciona un medio para adquirir mayor riqueza y un mayor nivel social; 4) el intercambio es importante para definir las relaciones de control social; 5) la complejidad política puede medirse de acuerdo con la forma de intercambio interregional; 6) las redes políticas pueden reconstruirse a partir de la evidencia de relaciones comerciales de intercambio; 7) el control de las rutas comerciales es causa de expansión política; 8) la producción artesanal está

vinculada al tipo y nivel de intercambio económico; 9) podemos reconstruir el tipo y volumen de intercambio a partir de la distribución espacial de los restos materiales. Los señalamientos arriba expuestos no son excluyentes, muchas veces existen combinaciones de ellos que facilitan explicar la información derivada de las investigaciones.

La transmisión de conocimientos entre una misma población, entre sociedades distintas y a través de los siglos en Mesoamérica también contó con sistemas específicos de escritura, calendario y numeración que paulatinamente han sido descifrados. El sistema matemático vigesimal muy posiblemente se derivó de registros calendáricos que con el correr del tiempo fueron investidos de una fuerte carga simbólica estrechamente ligada con el ámbito religioso. Las formas más tempranas de escritura fueron los pictogramas o representaciones iconográficas. Generalmente corresponden a la representación del objeto mismo. Un nivel de escritura más complejo es el de los ideogramas, es decir signos que representan conceptos. Se inventaron después los determinativos semánticos, mejor conocidos como jeroglíficos. Estos elementos indicaban al lector cómo leer tal o cual signo, pero para asegurar lo asentado se agregaron también los “complementos fonéticos” o signos que marcan la correcta pronunciación. Hasta el momento, los textos mayas son los únicos mesoamericanos que conforman una escritura plenamente desarrollada, transmiten mensajes completos y poseen una correspondencia con la gramática de la lengua. En el caso de los textos mexicas encontramos ideogramas como el de “conquista” (flecha atravesando un templo) pero no tenemos oraciones o cláusulas completas. Sólo los topónimos (nombres de lugares) y los nombres de personas están escritos fonéticamente. El uso de la escritura en Mesoamérica estuvo restringido a las élites dirigentes; fue usada como complemento de la arquitectura monumental para registrar historias oficiales (estelas, tabletes, dinteles), para denotar posesión de linajes gobernantes (vasos policromos, orejeras, etcétera) o para el registro calendárico, astronómico y religioso de sacerdotes de alta jerarquía (códices).

La literatura de Mesoamérica, por otra parte, ha llegado hasta nosotros a través de varios filtros. Al cedazo de la traducción de una lengua indígena que pasó al castellano del siglo XVI y adquirió la forma del alfabeto latino hay que agregar las intenciones de ambos actores: conquistadores, la aplicación de procedimientos críticos que permitan verificar la autenticidad de los textos, así como detectar interpolaciones y modificaciones para mejor comprenderlos. Los principales géneros literarios mesoamericanos han sido clasificados en himnos sacros (teotihuacanos, nahuas y maya-quichés); cantos

floridos de amistad, de tristeza y de guerra (mayas y nahuas); discursos (mayas y nahuas); narrativa religiosa (mayas y nahuas); y narrativa mítica e histórica (mixtecas, cakchiqueles y nahuas). Algunos textos, los menos, son de origen precolombino; muchos otros fueron elaborados en tiempos virreinales.

El fuerte componente de la religión, la magia y la cosmovisión de los pueblos mesoamericanos es tratado en este volumen. Continúa vigente la polémica acerca de la unidad y la diversidad de una tradición religiosa, pero es evidente la persistencia del pensamiento indígena a través del tiempo y la transformación de instituciones que, no obstante, conservan elementos básicos identificados de la propia tradición. El hombre de ayer creó así una unidad histórica, milenaria, homogénea en sus procesos y muy variada en sus expresiones culturales.

La observación de los fenómenos celestes, su registro y utilización calendárica, arquitectónica y religiosa también formó parte del complejo bagaje cultural de los pueblos mesoamericanos. La astronomía de ayer ha generado los estudios arqueoastronómicos de nuestro tiempo, en los que los ciclos del sol, de la luna, de algunos planetas, estrellas y constelaciones quedaron plasmados en códices, leyendas y crónicas, pero también llevaron a construir y distribuir en el espacio inmuebles específicos que indican orientaciones y eventos astronómicos de manera cíclica y puntual.

El punto de vista estético tampoco escapó a los coordinadores de la *Historia antigua de México*. Si bien estamos formados bajo criterios artísticos pertenecientes a nuestra cultura occidental del siglo XX, muchas creaciones del universo mesoamericano pueden estudiarse desde tres puntos de vista: forma, función y simbolismo, aspectos que nos hablan, entre otras cosas, de la ideología de sus creadores. Podemos acercarnos así, en cierta medida, a sus esperanzas, temores e ideales. Al igual que las representaciones olmecas (que funden seres humanos con zoomorfos), los patrones abstractos teotihuacanos o las representaciones aristócratas mayas, se crearon básicamente por razones políticas y en ese sentido conllevan temas de poder, legitimidad, sacrificio y cosmovisión. Religión y gobierno estuvieron fuertemente entrelazados y de ello derivaron importantes obras monumentales que conforman tradiciones artísticas bien definidas en los tiempos y espacios mesoamericanos.

Nuestro pasado está presente. Los cuatro volúmenes de *Historia antigua de México* son una útil obra de consulta y referencia práctica que en cada contribución indica el origen de sus argumentos y dónde profundizar sus temas.

*Antonio Benavides C.*